

CONFERENCIA MAGISTRAL "DR. MIGUEL F. JIMENEZ"

LA OBRA DEL DR. MIGUEL F. JIMENEZ¹

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS²

TENGO EN primer lugar que expresar mi agradecimiento a la directiva de nuestra Academia por haberme designado para leer esta primera Conferencia magistral "Dr. Miguel F. Jiménez", principio de una larga serie anual a la que auguro y deseo el mejor de los éxitos, y parte, a su vez, del proceso de renovación que desde los últimos años se está llevando a cabo en el seno de nuestra Corporación para que, sin menoscabo de la continua atención hacia todo lo que es nuevo en medicina, conservemos, y sepamos sentir, el aspecto tradicional y solemne, —en una palabra *académico*—, que debe presidir siempre las actividades de una institución como ésta.

Otra vez muchas gracias y vamos al tema.

Hace apenas noventa años, un grupo similar a nosotros —médicos y académicos— se reunió en la vieja Escuela

de Medicina para dar un último adiós a Miguel Jiménez cuya misión estaba ya cumplida. Ante su cadáver, en competencia luctuosa, desfilaron los representantes de toda la ciencia mexicana, sus lamentos nos han quedado impresos en una *Corona Fúnebre*, cincuenta páginas de conceptos dolorosos impregnados del más puro romanticismo literario. Diez y nueve oradores lanzando al aire sus gemidos por la desaparición de aquel hombre al que llamaron, genio, aurora, antorcha, maestro, espíritu, luz, roca, viento y flor.¹

Su féretro quedó cubierto, —en la auténtica materialidad de la palabra—, de laureles y siemprevivas. Sin embargo, ninguno de los que allí manifestaron sinceramente su dolor supo expresar o definir lo que aquel hombre venerado había representado para México y la medicina mexicana.

Es cierto que entre frases solemnes aparecen diluidas de cuando en cuando, alusiones a sus trabajos clínicos, a sus quehaceres de maestro, a su continuo ejemplo de médico en el más am-

¹ Presentada en la sesión ordinaria del 17 de mayo de 1967.

² Académico numerario.

plio sentido de la palabra. Pero no es menos cierto que la figura de Jiménez está muy por encima de la propia obra y que dentro de la vida mexicana representa el símbolo vivo de una época y de aquella evolución ideológica que hizo cambiar todos los cimientos espirituales del país para llevarlos desde un régimen colonial a una república independiente.

Su biografía es bien conocida. Desde los humildes orígenes en el pueblo de Amozoc, hasta el momento de su aparición como alumno del *Establecimiento de Ciencias Médicas*, transcurre uno de los más interesantes periodos de su evolución espiritual y creo, sinceramente, que allí se establecen los fundamentos de muchos aspectos de su vida posterior. No tienen interés directo para nuestro relato sus juveniles vicisitudes, sus continuos traslados, la estancia en Taxco ni los aprendizajes en Toluca. Son incidentes secundarios. En cambio interesa señalar cómo durante esos veinte primeros años de su existencia, y no obstante haber nacido después de iniciada la Independencia, su vida se desarrolla dentro de un medio donde impera todavía el espíritu de enseñanza implantado por el régimen colonialista español.

El ambiente familiar, los estudios de latinidad —idioma que adquirió a la perfección— los tres cursos de *Artes*, con su fuerte influencia aristotélica, y los inevitables actos públicos celebrados en el Seminario Conciliar formaron en su espíritu un sedimento escolástico, del que habría de desprenderse más tarde, pero cuyos fundamentos éticos le acompañaron para toda su vida. Sim-

bólicamente podíamos considerar a Jiménez —y así pienso yo que fue— el último representante de aquella enseñanza que importada de España a raíz de la Conquista, mantuvo, casi incólume, durante tres siglos el pensamiento y la técnica educativa dentro de una ideología prácticamente medieval.

Apenas salido del Seminario Conciliar, cuando por sus méritos recibe el nombramiento de presidente de la Sociedad seminarista, ingresa como alumno en un *Establecimiento de Ciencias Médicas*, recién inaugurado, donde el espíritu imperante era precisamente el rechazo de todo lo que hasta aquel momento había sido el horizonte educativo de Jiménez.

Los hombres del *Establecimiento de Ciencias Médicas*, aquellos que habían de formar y preparar la mente médica de Jiménez, fueron precisamente espíritus capaces de superar el medio educativo mexicano, fuertemente impregnados de ideas modernas, —producto de todo el complejo movimiento ilustrado—, y estaban capacitados para afrontar los problemas científicos mediante una técnica experimental, en la que imperaba la razón.

Indudablemente este cambio brusco de un sistema a otro, tuvo que producir grave crisis en la evolución intelectual de Jiménez. Pero la realidad es que desde los primeros momentos supo adaptarse a la nueva situación y las crónicas de esa época de su vida nos lo pintan como alumno muy distinguido del venerable plantel en que cursa sus estudios. Tan distinguido que apenas tiene tiempo de terminar su aprendizaje cuando ya es solicitado para

ocupar una cátedra y para dirigir una sala de hospital.

La crisis había sido vencida. Desde el momento en que Jiménez se incorpora al movimiento renovador de la medicina de México desaparecen de sus escritos, de sus clases, de sus discursos, las concepciones metafísicas, los razonamientos silgísticos, los conceptos "a priori", para dar paso a una metódica observación de los fenómenos naturales.

Sin embargo, la vieja escolástica no estaba muerta. Su primitiva educación había marcado huella permanente, y para todo el resto de su vida mantendrá en su comportamiento un estado de contradicción espiritual, en ocasiones incluso paradójica, origen en muchos momentos de situaciones que podríamos calificar de incongruentes. Liberal e independiente en ciencia, amigo del progreso, obrero activo en el taller científico, olvidando de trabas teológicas o de prejuicios confesionales labora en su profesión siempre atento a todas las novedades, a todos los vientos, a todas las tendencias. Y sin embargo en la intimidad de su vida, en el aspecto de la convivencia ciudadana, conserva ideas tradicionales inmovibles que hacen exclamar a Gabino Barrera, su más leal biógrafo, al tiempo de alabar su liberalismo científico: "no era fácil suponer sin ser testigo de ello: no era casi posible llegar a creer, verlo tan reacio y tan intransigente en ciertas teorías sociales".

Es el viejo peso de su primera educación lo que le lleva a situaciones tan equívocas como su actuación en los años del efímero imperio, durante el cual, tratando de elevar al máximo la

ciencia en México cae en una situación antimexicana. Pero en fin, cada mente es un mundo, no siempre fácil de entender y, si exponemos esta situación no es en plan de crítica ni de censura sino, precisamente, como explicación para justificar muchas de sus situaciones vitales.²

Pero el Jiménez que nos interesa hoy aquí es el médico, el observador científico, el maestro, y en estos aspectos no encontramos en México durante todo el siglo XIX figura que pueda compararsele. Yo aconsejaría a todos los médicos mexicanos de hoy, incluso a los más convencidos de nuestro progreso, de nuestra eficacia actual, a los que consideran la historia como algo inútil, leer los escritos y trabajos de Jiménez. Sobre todo su extraordinario *Discurso pronunciado... al comenzar las lecciones de clínica médica en la Escuela de Medicina*.³ Cuando lo escribe, en la primavera de 1845, acaba de cumplir treinta y un años. Tiene seis de recibido, y, aunque todos ellos los ha dedicado a la enseñanza, siente sobre sí la tremenda responsabilidad de explicar una cátedra clave de la carrera, para la que no se encuentra suficientemente preparado. Sin falsas modestias, con perfecto conocimiento de su capacidad desconfía de salir airoso preguntándose ante sus propios alumnos "¿Qué esperanza podrá tener quien apenas salido casi de entre vosotros, ha sido elevado de esos mismos bancos que ocupáis a la cátedra más difícil de nuestra escuela?" y a continuación expone un plan de trabajo, que hoy podría suscribir el más exigente profesor de medicina interna. Su erudición se trasluce en dis-

cretas citas de obras, —todas francesas— pero no las más clásicas. Y, como sabemos la extraordinaria perfección que alcanzó en el uso de, los entonces recientes, métodos de exploración física, no nos extraña que prometa a sus alumnos iniciarlos en: “los descubrimientos inmortales de Aüembrugger y de Laë-nec, que han dado al médico la facultad de ver hasta el interior de los órganos como si el cuerpo humano fuese transparente”.

No podemos glosar todo el discurso, pero en una frase ofrece a sus oyentes, tan pronto hayan conseguido el arte de observar, dirigir su solicitud hacia: “las afecciones del hígado, del tabardillo y otras, que tienen, por decirlo así, un interés nacional, y que por su frecuencia serán acaso las primeras que exijan vuestros auxilios en la práctica civil”.

Fueron estas enfermedades aquellas a las que durante toda la vida prestó Jiménez mayor atención y, precisamente, son también aquellas en las que sus trabajos tuvieron resonancia y trascendencia incluso fuera del propio medio mexicano.

Resultaría inadecuado emprender aquí el análisis detallado de los trabajos de Jiménez. Su bibliografía, muy amplia, aparecerá publicada, como apéndice a este escrito. Sin embargo tiene interés situar sus temas de trabajo dentro de lo que en aquellos momentos se hacía en medicina y estudiar hasta qué punto contribuyó al progreso médico.

Prescindiremos de aquellas publicaciones aisladas sobre detalles clínicos o terapéuticos, de algunos trabajos de tipo ocasional e incluso de sus notables

lecciones sobre patología torácica, o sobre la albuminuria, verdadero escapate de su prodigiosa intuición clínica y del hábil manejo con que supo utilizar los métodos de exploración. En ninguno de estos casos su aportación es trascendente. Son trabajos que muestran enorme erudición, permanente estudio, rara capacidad de síntesis y atención sobre todo aquello recién adquirido en medicina. Si sólo hubiésemos de juzgarlo por los escritos que aquí no vamos a comentar se nos aparecería como un magnífico clínico que supo mantener sus sentidos siempre alerta para toda novedad, pero que no alcanzó a modificar en nada los conocimientos ya establecidos.

Muy diferente es el juicio que haremos de emitir después de haber examinado sus grandes temas de trabajo: el estudio de lo que él llamó fiebre petequial, su actitud frente a los abscesos hepáticos, sus notables observaciones sobre la obliteración arterial. Son intereses que llenan toda su vida y en los cuales su aportación tiene marcada trascendencia.

Para el médico de hoy el concepto fiebre está unido siempre a la rayita del termómetro. Simplemente se trata de un síntoma más dentro de muchos complejos sintomáticos. Por esos resulta muy difícil en la actualidad alcanzar a comprender lo que hace poco más de un siglo quedaba incluido bajo la denominación general de fiebres. No era concepto nuevo. Desde Hipócrates podemos seguir sin interrupción en todos los textos médicos la imagen del febricitante. Sin embargo precisamente en las primeras décadas del siglo XIX,

en los mismos años en que Jiménez cursa sus estudios y devora cuanto libro francés de Clínica Médica cae en sus manos, el concepto *fiebre* está sufriendo una profunda crisis y es tal vez el tema más debatido y apasionante de toda la patología.

El concepto anatomoclínico de la enfermedad, la correlación entre síntomas clínicos y hallazgos necrópsicos había revelado muchos enigmas y en esos momentos se establece la revolución, o más bien empieza la evolución de la medicina en el sentido moderno que llegara a nuestros días.

Pero las fiebres escapaban al método indagatorio que tanto éxito tenía en otros campos. En primer lugar la fiebre no era simplemente el aumento del calor en el enfermo, sino un complejo de alteraciones donde quedaba incluida desde la pérdida de la conciencia, el estupor, la agitación delirante, la adinamia, el dolor, la diarrea, los cuadros disnéicos y nosofocantes del enfermo pleuro pulmonar, hasta los procesos de inflamación local con los cuatro signos que describiera Celso hace veinte siglos. Tan importantes eran estos otros caracteres que el propio Pinel en su *Nosographie philosophique*,⁴ no considera que el aumento de la temperatura en el enfermo sea un signo esencial o síntoma decisivo para el diagnóstico de la fiebre.

Pero su mayor problema estaba en lo paradójico e inconstante de su anatomía patológica. Ninguna clasificación, ningún sistema permitía encajar esta enfermedad, que, si en vida del enfermo podía tener ciertas similitudes clínicas, en la mesa de autopsias se compor-

taba de la manera más inesperada, al punto que en muchas ocasiones no era posible identificar ningún órgano donde hubiese alteración patológica.

Este caos anatomoclínico, al que Foucault⁵ denomina el último de los conflictos, y a su vez el más violento y enredado de todos, los que se plantearon al nacer la clínica médica, tuvo lugar en Francia desde los años 1808 hasta 1832 en que las cosas empezaron a aclararse y otros problemas, —la epidemia de cólera principalmente— hicieron desviar la atención hacia otros campos.

Son precisamente los años juveniles de Jiménez, y es natural que cuando en 1835 comienza su carrera, el eco de las polémicas y los abundantísimos textos, aparecidos con este motivo, atraeran el interés del joven médico.

No se resolvió el asunto entonces, ni podía resolverse. Se aislaron procesos febriles, en los cuales las causas quedaban descubiertas ante lesiones necrópsicas constantes y aparentes. Aparecieron las flegmasias localizadas en pulmón, en pleura, en el aparato digestivo, las fiebres pútridas, biliosas, pituitosas, en las cuales la autopsia permitía reconocer una localización más o menos primitiva de la enfermedad.

Sin embargo, quedaba un grupo —al que ya había hecho referencia Morgagni un siglo antes—, en el cual los cadáveres no presentaban ninguna lesión. A estos casos se les llamó fiebres nerviosas, o con más frecuencia, esenciales.

Para nosotros hoy el problema no existe. Vemos claramente cómo el error original vino de convertir un simple signo clínico en entidad patológica. Pero

en aquellos momentos no se podía ver así y todos los investigadores buscaron la manera de descubrir datos necrópsicos que, relacionados con la sintomatología del enfermo, permitieran identificar, o aislar, enfermedades definidas dentro de ese capítulo de fiebres esenciales que nunca satisfizo a nadie.

Broussais, Bretonneau, Louis, Bouillaud, Chomel, Andral, Chauffard y otros muchos más son los campeones franceses de esta lucha por definir lo que para ellos mismos era un enigma con evidentes falsedades.

Jiménez ataca el problema tan pronto como cuenta con conocimientos y medios para ello. Le ayudan en su labor los dos puestos de prosector de anatomía en la Escuela de Medicina, que le acerca al cadáver, y la sala de mujeres del hospital de San Juan de Dios, donde consigue material clínico.

Se ha discutido mucho cuál fue la verdadera aportación de Jiménez al problema de las fiebres. Para mi modo de ver, la mayor parte de los autores que analizan el problema suelen perderse, unas veces por falta de perspectiva histórica, otras por exceso de entusiasmo y algunos por insuficiente conocimiento y meditación sobre los trabajos originales, no siempre fácilmente asequibles.

No voy, ni por un momento, a entrar en discusión y reseña de la bibliografía sobre Jiménez. Ni dispongo de tiempo ni tendría interés. Jiménez en el problema de las fiebres tiene una indudable aportación original. Empieza por limitar sus trabajos a lo que el llama *tabardillo*, usando una de las más tradicionales expresiones del castellano.

Tabardillo —o tabardete en sentido más popular—, es palabra castiza empleada por autores tan notables como Valles y Mercado para definir el tifus. En México la introduce Francisco Bravo y dentro de esa denominación, sin entonces diferenciación posible, quedaban incluidas también las fiebres tifoideas.

Jiménez afina más su concepto. Reconociendo la multiplicidad de los cuadros clínicos febriles concreta su estudio a lo que denomina fiebre petequial. Sinonimia moderna del clásico *tabardillo pintado* de los españoles, donde siguen confundidas todavía las dos entidades de tifus y tifoidea.

Como conoce trabajos franceses, donde se describen las características lesiones intestinales de la fiebre tifoidea, busca en México —de la misma manera que con poca anterioridad lo había hecho Jecker—, la confirmación de esas lesiones en las enfermas de fiebre petequial que acuden a su sala hospitalaria. El resultado no pudo ser más desconcertante; en ninguna de las enfermas de tabardillo que llegan a su mesa de autopsias encuentra las placas de Peyer ulceradas o perforadas que han descrito los maestros franceses, ni la hipertrofia y reblandecimiento de los ganglios linfáticos del mesenterio que Andral y Chomel describen grandes como nueces llenos de pus.

Reúne observaciones sobre ciento treinta y dos casos de los cuales diez están comprobados con autopsia detallada. Con sus datos escribe un librito, extraordinario por la agudeza de observación de los detalles clínicos y la minuciosidad en los exámenes anatómopatológicos.

Las conclusiones, diluidas en comentarios a lo largo de las 105 páginas del texto, indican que lo que en México se llama tabardillo es un cuadro febril que difiere, clínica y anatomopatológicamente de lo que en Europa se llama fiebre tifoidea. No rechaza el nombre de tifoidea para sus enfermedades, pero deja perfectamente asentado, ya en 1846, que la tifoidea mexicana es diferente a la europea.

Veinte años después completa su estudio. Ha estado en Europa, ha visitado hospitales, estudia en Francia casos de tifoidea típica y contempla las lesiones anatómicas de esta enfermedad. Ya no le cabe ninguna duda sobre la diferencia de los cuadros clínicos y anatomopatológicos. Y entonces, cierra este capítulo de sus estudios, publicando un nuevo trabajo titulado: *Sobre la identidad de las fiebres*, donde claramente establece, en dos columnas paralelas, las semejanzas y diferencias entre la fiebre tifoidea y el tabardillo.

Para entonces, ya existen trabajos como el de Schönlein, en Alemania, y los de Murchinson, en Londres, que describen notables diferencias entre el tífus abdominal (tifoidea) y el tífus exantemático (tifo). Con seguridad Jiménez los conoce y dedica la última parte de su trabajo a señalar las muchas analogías que tiene el tabardillo mexicano con el tifo que han descrito otros autores en el extranjero. Ni Jiménez ni nadie hubiera podido en aquellos momentos llegar a establecer la verdadera diferencia etiológica de ambas enfermedades y la contribución de Miguel Jiménez, aislando los dos cuadros clínicos y anatomopatológicos, puede considerarse tan

valiosa como las de los más notables investigadores de su época que en el mismo campo no alcanzaron a obtener, en aquellos momentos, resultados superiores.

Hasta aquí hemos visto en Jiménez el aspecto de pensador y experimentador clínico. Si examinamos su actuación en el tratamiento del absceso hepático encontraremos otra faceta completamente distinta. En este caso no busca la confirmación de un síndrome ni trata de identificar una enfermedad. Está consciente del hecho. Sabe positivamente, pues lo ha podido comprobar en los cadáveres, que el absceso hepático se presenta en México con tal frecuencia que confirma aquello que D. Joaquín Eguía escribió cincuenta años antes, al lamentarse de no poder explicar la anatomía normal del hígado en su cátedra, pues todos los cadáveres tenían "esta extraña gangrenada".

Con audacia y gran sentido clínico Jiménez afronta el problema. Es tal vez la más precoz preocupación en su vida y al mismo tiempo la más durable. Un trabajo publicado en 1842 presenta ya su técnica evacuante del absceso cuando apenas lleva cuatro años de recibido, y la última comunicación que presenta a la Academia de Medicina en 1875, seis meses antes de que un epiteloma vesical acabara con su vida, se refiere también al mismo asunto del absceso hepático.

A lo largo de sus trabajos sobre este tema se puede analizar como lo que en primer lugar, fue una resolución casi heroica ante un caso de absceso comunicado con bronquios, se perfecciona, medita y mejora con observa-

ciones repetidas que en catorce años alcanzan a más de 300 casos. Su experiencia le permite establecer indicaciones operatorias precisas y datos de diagnóstico que todavía permanecen actuales. Su método de punción se generaliza en el medio médico mexicano, se modifica la técnica por él y por los que le siguen —Vértiz, Clement, Armijo, etc.—. Y no obstante los muchos inconvenientes con que tuvo que enfrentarse —falta de anestesia, de asepsia y de terapéutica específica—, fue el procedimiento de elección hasta bien entrado este siglo y todavía en algunos casos actuales.

Se ha discutido si la idea de Jiménez fue original. Se invocan referencias anteriores en obras de Moreno y de Eguía; intentos, casi siempre fallidos, hacia 1833 de autores como Robert, en Londres, y Britt, en Francia, las punciones que Monal y Smith practicaron en la India, precisamente en los mismos años y con el mismo propósito con que Jiménez las efectuaba en México. Existen dos tesis europeas escritas en los años 1844 y 1847 por Vernois y Clay, que también se ocupan de este mismo problema de la punción hepática. Ustedes saben que yo siempre he sido enemigo de esa historia de primacías, por la que tanto amor tienen algunos historiadores. No es la fecha de un hecho lo que condiciona su valor, sino el curso del pensamiento que lo llevó a producirlo y la trascendencia ulterior que este mismo hecho pudo tener para el desarrollo de otros posteriores.

Si hubo autores que pensaron de la misma manera fue precisamente porque el curso del pensamiento y las circuns-

tancias en que brotó habían madurado lo suficiente para que la idea pudiera ser factible de convertirse en hecho real. Con seguridad se desconocieron unos y otros, alejados en la distancia pero hermanos en la necesidad. Y con respecto a México la trascendencia de Jiménez en este campo alcanzó a toda la práctica médica y abatió la mortalidad por absceso hepático en la República. Pero no debo extenderme más en este aspecto cuyo origen y trascendencia es motivo de un bello libro, obra del Dr. Fournier.

Quedaría por repasar su aportación al problema de las obliteraciones arteriales. Es otro aspecto también diferente de su labor como médico anatomo-clínico. Su estudio encaja por completo dentro de lo que los historiadores de la medicina francesa del siglo pasado llaman la época de la soberanía de la mirada. Aquellos años en los que la anatomía patológica no tiene más experiencia que el examen de las lesiones visibles del organismo y su distribución lógica con los signos clínicos que tuvo el paciente. Diagnóstico de ojeada, relación espacial de causa a efecto que, no obstante su simplicidad perceptiva, fue el origen de los grandes conocimientos clínicos, de los grandes síndromes, que han llegado hasta nosotros.

Jiménez en este caso maneja su pensamiento de manera distinta a como le hemos visto actuar en los problemas anteriores. En el caso del tabardillo se trataba de individualizar un proceso, un síndrome, una enfermedad, aislándola del tronco común de aquellas fiebres esenciales que a nadie convencían. En el absceso hepático fue la audaz decisión

de intervenir en un acto terapéutico quirúrgico contra todos los prejuicios que lo desaconsejaban. Ahora se apega a las normas del más estricto seguidor de la escuela anatomoclínica. Tiene una lesión visible, palpable, localizada en el espacio, observada en repetidas ocasiones y en perfecta correlación con un cuadro clínico, cuyos síntomas y signos quedan perfectamente explicados ante la lesión anatómica. También la persigue durante años. Ya encontramos en su primer libro del tabardillo referencias a trombos arteriales. En la página 59 describe una historia clínica de un trombo de la iliaca que se extendía hasta la femoral, al cual considera causa de una extensa gangrena seca de la pierna correspondiente. Por esa misma época en la Sociedad Filoiátrica lee una comunicación titulada *Apuntes sobre la arteritis en México*, modelo de sencillez y de observación, donde ante nuevos casos de trombosis arterial, relaciona sus hallazgos con los descritos por autores europeos, como ergotismo gangrenoso o fuego de San Antonio y emite, dada la frecuencia con que estos casos aparecen en la clínica: "la sospecha de que las harinas que usamos se hallen mezcladas con la del cuernecillo de centeno, y nos traigan, así con nuestro mismo alimento, la causa de un mal espantoso". Siguió observando y meditando sobre este cuadro y cuando muchos años después conoce trabajos alemanes, en los cuales se describe la embolia arterial, descubre que sus observaciones, hechas en la década de los cuarenta, son realmente casos de embolia arterial. No tiene empacho en rectificar sus ideas. En una de las primeras

sesiones de la entonces todavía Sección Médica de la Comisión Científica, presenta las antiguas piezas anatómicas y los historias de sus casos advirtiendo: "no lo hago para dar fundamento a una cuestión pueril de prioridad, sino para que se entienda que, . . . desde entonces pudo seguirse. . . , la migración de un coágulo del centro, a la periferia del círculo de la sangre" y más adelante cierra su artículo rectificando la sospecha primitiva y, advirtiendo: "no conozco hasta ahora, ni tampoco sabido, de ningún hecho de ergotismo gangrenoso observado entre nosotros".

Leal posición de un auténtico investigador que rectifica sus ideas, sin resentimientos ni pretensiones de prioridad, cuando descubre que lo que él a su vez había descubierto, puede tener otra interpretación más correcta.

Podríamos seguir hablando de Jiménez y su obra durante varias horas. Considero que es la representación más auténtica de la clínica médica mexicana en los primeros cincuenta años de su vida independiente. Hemos repasado algunas de las facetas características de su labor y podrían todavía analizarse otras muchas, todas interesantes. No añadiríamos con ello nada a su enorme prestigio. Sin embargo, aunque sólo sea en breves palabras, es necesario referirse a dos aspectos de su vida profesional. En primer lugar la docencia. Jiménez ocupa durante treinta años la cátedra de Clínica Interna en la Escuela de Medicina; por sus aulas pasan todos los médicos que en años posteriores, durante el último tercio del siglo XIX, elevan la medicina mexicana a un nivel internacional.

Su prestigio y su innegable vocación de maestro hicieron que el eco de su cátedra resonara todavía muchos años después de su muerte y aún en la actualidad es preciso recordarlo cada vez que se trata de cualquier aspecto médico del siglo pasado.

Es su labor académico la otra faceta que no puede ignorarse cuando se repasa, aunque sea de forma somera, la trayectoria de su vida. Jiménez constituye el vínculo vivo de unión y permanencia que une todas las instituciones académicas de México desde la primera Academia de 1836 hasta la actual Academia de Medicina. Fue el último miembro que ingresa, apenas acabada su carrera, en la primera Academia de Medicina poco tiempo antes de que ésta, por causas que aún no podemos definir, desaparezca. Le vemos trabajar con entusiasmo y dedicación en la Sociedad Filoiátrica, verdadera Academia Médica durante los años de intervalo y lo encontramos de nuevo figurando en la segunda Academia que fundara Río de la Loza en 1851. También aquí su actuación es intensa, los periódicos de esta segunda Academia cuentan con muchos trabajos de Jiménez. Al crearse la Comisión Científica, que dio lugar a la actual Academia, Jiménez es el alma de esta institución y su primer presidente mexicano. Preside la efímera Academia Imperial de Ciencias, Literatura y Bellas Artes, organizada por Maximiliano y, ya implantada la República, vuelve a ocupar la presidencia de nuestra Academia en dos ocasiones más. Casi toda la producción escrita de Jiménez está contenida en la serie de periódicos académicos de México y la

continuidad en esta actividad corporativa, acompañada de su participación constante en casi todas las sociedades médicas del país, fue uno de los factores que más ayudaron a la imposición de un criterio médico uniforme y progresista en el desarrollo de la medicina mexicana de 1840 a 1880.

No nos queda tiempo para extendernos más. La figura de Jiménez podría ser tema para un libro, no mediano, y espero que no pase mucho tiempo sin que algún historiador médico de México emprenda esta tarea donde, además de los hechos de su vida, quedará la constancia de su extraordinaria labor como puente de unión, vivo y activo, entre la medicina escolástica de su juventud y la moderna que se implanta en México a partir del momento de la liberación nacional de 1867.

NOTAS

1. "Corona fúnebre que la Academia de Medicina de México consagra a la memoria del ilustre catedrático de clínica interna doctor don Miguel F. Jiménez que falleció el día 2 de abril de 1876", GACETA MÉDICA DE MÉXICO, Tomo XI n. 9. pp. 161-212, mayo de 1876. Intervinieron en dicho acto Francisco Salgado que leyó una "Oda", José María Vigil en representación de la Escuela Preparatoria, José E. Mota en nombre de la Escuela de Agricultura y Veterinaria, Agustín A. Franco por la Junta Médica del Hospital Municipal Morelos, Maximiliano Galán enviado por los médicos del Hospital Juárez, Ildefonso Velasco por el Hospital de San Andrés, Fernando Malanco en nombre del Cuerpo Médico Militar, Rafael Angel de la Peña representando a la Sociedad Humboldt, Francisco Patiño por la Asociación Farmacéutica, el poeta F. Frías y Camacho recitó una composición propia, Pablo Martínez del Río representó a la Sociedad Médica de Beneficencia, Jesús Oñate a la Sociedad

- de Pedro Escobedo, Manuel Gutiérrez en nombre de la Escuela de Medicina, M. Rocha por el Hospital de San Juan de Dios, José María Bandera llevó la voz de la Sociedad Familiar de Medicina, la Academia Nacional de Medicina designó a José María Reyes para tan sensible cometido y Gabino Barreda, el enemigo ideológico y leal discípulo, leyó la biografía del maestro llena de amor y admiración para el desaparecido. Intervinieron también en el acto Eduardo Garay en nombre de la Escuela de Ingenieros y Adrián Segura por la Sociedad Iatrodélfica, sin que sus palabras pudieran publicarse pues fueron espontáneas y no las recogieron por escrito posteriormente.
2. La biografía, de Miguel Jiménez en sus aspectos cronológicos y anecdóticos, así como estudios parciales de su labor, han sido repetidamente publicados por autores del más alto prestigio. Citaremos entre las más asequibles Secundino E. Sosa "Miguel Jiménez, (Ensayos biográficos)", *La Escuela de Medicina* Tomo I, n. 17, pp. 1-4, 15 de marzo de 1880, Agustín Aragón, "Miguel F. Jiménez" en: *Diez retratos literarios de médicos mexicanos eminentes*, (Ed. Comité del Centenario de la Facultad de Medicina), México, 1933, pp. 5-8, Francisco Flores, *Historia de la medicina en México*, Tomo III, (Ed. Imprenta de la Secretaría de Fomento), México, 1888. Donde aparte de una corta biografía en la pág. 754 existen abundantísimos datos sobre él a todo lo largo de la obra. José Terres, "Homenaje al sabio médico mexicano Dr. Miguel F. Jiménez", *GACETA MÉDICA DE MÉXICO*, Tomo LIII, pp. 363-372, 1916. Luis Troconis y Alcalá, "Perfil biográfico del Dr. Miguel F. Jiménez", *GACETA MÉDICA DE MÉXICO*, Tomo LX, p. 544-533, 1929. Bernardino de Buelna, "El doctor Miguel Francisco Jiménez, (1813-1876)", *Rev. El Médico*, número de marzo de 1959, pp. 19-20 y 110. Virginia Castañeda López, *Miguel F. Jiménez, médico y maestro, trascendencia de su obra*, Tesis recepcional para médico cirujano de la U.N.A.M., México, 1960. Raoul Fournier Villada, "Semblanza del Dr. Jiménez" en *Biografía Mexicana del abceso hepático*, (Ed. La Prensa Médica Mexicana), México, 1956. Anónimo, "Miguel Francisco Jiménez", *Diario de los Congresos*, (publicado por E.R. Squibb & Sons de México). Vol. XVII, n. 2, pp. 3 y 7, 2 de mayo de 1964. Everardo Landa, "Datos para la historia del Dr. Miguel Jiménez", *GACETA MÉDICA DE MÉXICO*, Tomo LV, n.1, pp. 414-418, 1921. Pedro Ramos, "Perfil biográfico de Miguel Jiménez", *GACETA MÉDICA DE MÉXICO*, Tomo LXXXVII, n. 6, 407-410, 1957.
 3. Para todas las citas de obras de Miguel Jiménez, véase la relación de sus trabajos que aparece como apéndice a esta conferencia.
 4. Philippe Pinel.: *Nosographie philosophique*, París, 1798. Nosotros hemos conocido la quinta edición de 1813. Es el tomo I, en las páginas 320 a 324, donde se expresan los datos a que nos referimos.
 5. Michel Foucault.: *El nacimiento de la clínica* (Siglo XXI, Editores, S. A.). México, 1966.
 6. Citado en la nota 2.

A P E N D I C E

CRONOLOGIA BIO-BIBLIOGRAFICA DEL DR. MIGUEL F. JIMENEZ

No se trata en las líneas que siguen de agotar los datos conocidos sobre la vida y la obra del Dr. Jiménez. Una relación total de sus hechos y sus escritos hubiera obligado a revisar algunas fuentes que por la premura de tiempo con que fue redactada la conferencia anterior no pudieran ser consultadas. Faltó examinar los muchos documentos que, autógrafos y firmados por el Dr. Jiménez, se conservan en el Archivo Histórico de la Facultad de Medicina, donde con seguridad aparecerán datos importantes en relación con sus actividades como secretario de la Escuela y de sus muchos años de catedrático. Tampoco pudimos reparar publicaciones como *El Porvenir Filoiátrico*, *El Observador Médico* y algunas otras de provincias, donde tal vez se puedan encontrar artículos del Dr. Jiménez, hasta hoy ignorados. Las *actas* de la Academia Nacional de Medicina fueron examinadas, pero sin detallar ni extraerse los cientos de intervenciones que allí aparecen para lo alargado demasiado este apéndice. Recoger los datos de estas *actas* como hacemos con las conservadas de la Segunda Academia, nos hubiera obligado a ex-

tendernos en muchas más páginas de las que el trabajo tiene asignadas en la *Gaceta*. Finalmente deberíamos haber examinado la prensa diaria, sobre todo en los momentos de la intervención francesa, durante la cual el Dr. Jiménez tuvo algunas actuaciones extraprofesionales.

Sirvan estas líneas de justificación por lo incompleto y de orientación a los investigadores que nos siguen en el interés por escudriñar y conocer la fecunda vida del Dr. Miguel Jiménez.

1813. Nace en el pueblo de Amozoc, Pue. el día 10 de octubre, hijo de Vicente Jiménez Valiente y María Teresa García, ambos españoles.

1829. Se encarga de costearle su educación un hermano mayor jurista, D. José María, más tarde ministro de Santa Anna, que residía en Taxco, Gro. lo que le obliga a trasladarse a esa ciudad donde comienza los estudios de latín.

1830. Continúa sus estudios latinos en la ciudad de Toluca a donde tuvo que trasladarse para seguir a su hermano allí destinado.

1831. Ingresa en el Seminario Conciliar de México para seguir los tres *Cursos de Artes*; sustenta en esos tres años otros tantos actos públicos sobre las materias correspondientes.

1835. El 23 de enero queda inscrito en los cursos del primer año escolar del Establecimiento de Ciencias Médicas.

Vive en esa fecha en la calle de Balvanera No. 2 y según consta en el acta de inscripción, firmada de su puño y letra, depende de su padre. Por cierto que en el documento de inscripción que existe en el *Libro de Inscripciones* de los años 1834-1835, del Establecimiento de Ciencias Médicas folio 133 número 29 de registro, asienta tener 20 años de edad, lo cual no es verídico, pues tenía ya más de 21.

1838. Durante los días 10 a 13 de septiembre abre puntos y celebra los exámenes para recibir título de médico que le es entregado el 24 del mismo mes.

El 29 de octubre es propuesto para pro-

feesor agregado de la Escuela de Medicina, se le acepta en 5 de noviembre y a principios de diciembre se encarga de manera interina de la cátedra de anatomía durante los varios meses que su titular el Dr. Luis Jecker, estuvo ausente de México.

1838. En el mes de julio queda encargado de la cátedra de Patología interna en sustitución del catedrático Dr. Joaquín Villa, desempeñándola durante el resto del año y casi todo el siguiente.

1840. Practica en colaboración con los Dres. José María Vértiz y Julio Clément, la primera cefalotripsia registrada en México.

El 7 de octubre es propuesto para ingresar en la Academia de Medicina donde ingresa como miembro numerario el 7 de diciembre.

Publica: "Observaciones remitidas", *Periodico de la Academia de Medicina de Mejico*, Tomo V, n. 5. pp. 182-202, 1840. (24 de noviembre de 1840).*

Observación 1a. Hemiplegia derecha: rigidez inconstante de los miembros paralizados: mutismo: imbecilidad: colitis. Hemorragia en el hemisferio izquierdo del cerebro: reblandecimiento de una parte del mismo. pp. 182-195.

Observación 2a. Absceso en el mediastino. pp. 195-202.

1841. Se crea en la Escuela de Medicina la plaza de Prosector de Anatomía y es propuesto y designado por unanimidad para ocuparla.

Es designado secretario de la Escuela de Medicina, cargo que desempeñara hasta 1849.

1842. En los trabajos de este año aparece ya como encargado de la sala de mujeres del Hospital de San Juan de Dios.

1843. Publica: "Medio sencillísimo para contener las hemorragias (sic) nasales", Traducción de un artículo del Dr. Négrier (d'Angers) *Periodico de la Academia de Medicina de Mejico*, Tomo VI, (Primero de

* La cifra colocada entre paréntesis a continuación de algunas referencias bibliográficas indica la fecha que aparece al pie del escrito.

la segunda época, n. 7, pp. 217-222, 1843.

"Absceso del hígado en comunicación con los bronquios, *Periódico de la Academia de Medicina de Mejico*, Tomo VI, (Primero de la segunda época), n. 8, pp. 229-230, 1843. (Noviembre de 1842).

"Diabetes curada con el sulfato de quinina" *ibid.*, pp. 224-236, (Noviembre de 1842).

Aparece en el *Registro de los profesores de Medicina y Cirugía* que publica el Consejo Superior de Salubridad del Departamento de México, el 31 de diciembre, como residente en Rejas de Balvanera No. 1 y se le adjudica una antigüedad en el ejercicio de la medicina de el 13 de septiembre de 1838.

1844. Publica: "Sobre los accidentes a que da lugar en México, la aplicación de sanguijuelas", *Periódico de la Sociedad Filoiátrica de México*, Tomo I, pp. 213-218, 1844. (abril de 1845).

1845. Ante las continuas enfermedades del Dr. Rodríguez Puebla, que le impedían dar su cátedra de clínica interna con la debida regularidad, acordó el claustro de profesores por unanimidad designar a Miguel Jiménez para sustituirle en la cátedra de manera permanente.

Publica: "Discurso pronunciado por el Sr. D. M. F. Jiménez, al comenzar las lecciones de clínica médica, en la escuela de medicina", *Periódico de la Sociedad Filoiátrica*, pp. 218-224, 1845.

"Operación feliz de una hernia inguinal" *ibid.*, pp. 235-238, (Marzo de 1845).

"Apuntes sobre la arteritis en México, *ibid.*, pp. 254-256, (1o. de agosto de 1845).

"Observación" *ibid.*, pp. 263-268.

(Caso de pleuresis con cavidad comunicante a bronquios y empiema, etc.)

"Apuntes para la historia de la fiebre petequial o tabardillo que se observa en México", *ibid.* Tomo II, pp. 20-64, 1845. (31 de octubre de 1844).

En el mes de julio aparece formando parte del grupo de profesores que compra el Hospital de San Hipólito para convertirlo en Escuela de Medicina. Contribuye a los fondos destinados a la compra con 5,000 pesos.

1846. Publica: *Apuntes para la historia de la fiebre petequial o tabardillo que se observa en México*. (Imprenta de Cumplido, calle de los rebeldes núm. 2), México, 1846. (Octubre de 1844) 105 págs.

Este trabajo fue reimpresso en el libro: *Dos estudios sobre el tifo (1844-1864) por el Dr. Miguel F. Jiménez*, (Ed. Secretaría de Salubridad y Asistencia), México, 1945.

1849. El 18 de agosto firma la posición para la cátedra de Patología interna. Durante los días 15 y 17 de octubre se celebraron los ejercicios ganando la plaza por unanimidad.

Los temas desarrollados durante la oposición fueron durante el examen oral. "¿La presencia de la albúmina en la orina es características de la enfermedad de Bright?" y el ejercicio escrito fue: "Formar la historia sobre los progresos de la Patología Interna en el presente siglo".

1850. El 23 de enero, ante la amenaza de una epidemia de cólera que venía propagándose desde Europa y Estados Unidos se le designa en compañía de los Dres. Erazo y Lucio para proponer al Gobierno los preventivos más eficaces.

El 27 de julio practica una operación cesárea en mujer viva para salvar un feto, pues la madre había sido corneada por un toro cuyo cuerno penetra en útero.

En el mes de octubre es designado junto con el Dr. Río de la Loza para encargarse del arreglo y acondicionamiento del edificio de San Hipólito en su nueva función de Escuela de Medicina.

1851. Aparece formando parte del grupo de médicos mexicanos que organizan y establecen la que se ha llamado Segunda Academia de Medicina fundada bajo la presidencia del Dr. Río de la Loza el 30 de noviembre de 1851.

1852. En la sesión académica del 16 de febrero interviene para aclarar y establecer las diferencias entre éter y cloroformo así como sus indicaciones anestésicas.

En la sesión de la Academia del 30 de junio lee el Dr. Jiménez el informe que en colaboración con los Dres. Lerdo y Ordaz han redactado sobre el contenido de un

opúsculo escrito por el Dr. Olvera sobre la fiebre tifoidea. El resumen de dicho informe demuestra el poco fundamento de la teoría del autor sobre el tema tratado.

Un nuevo informe sobre otro opúsculo del Dr. Olvera dedicado al *Cólera morbus*, redactado por la misma comisión anterior es leído en la sesión de la Academia del 31 de julio, la comisión pide a la Academia no se ocupe más de estos trabajos porque ninguna ventaja puede sacar de su examen.

1854. El 26 de mayo por orden gubernamental fue incorporado al claustro de Medicina de la Universidad.

1856-58. [Intervención en la discusión sobre el tártaro en la Academia de Medicina], *La Unión Médica*, Tomo I, n. 1, pp. 20, 1856, (15 de febrero de 1856).

[“Intervención en la discusión de un caso presentado por el Dr. Alvarado a la Academia de Medicina sobre abceso hepático resuelto en vomica”], *ibid.*, pp. 58. (15 de enero 1856).

[“Intervención en la presentación de un caso del Dr. Lucio”] *ibid.*, pp. 84. (21 de julio de 1856).

[“Intervención en dos temas discutidos en la Academia de Medicina”], *ibid.*, pp. 109-110, (31 de diciembre 1856).

[“Intervención sobre los miasmas pantanosos y las fiebres en la Academia de Medicina”], *ibid.*, pp. 145. (31 de octubre de 1856).

[“Intervención sobre un caso de anginas membranosas”], *ibid.*, pp. 207. (15 de diciembre de 1856).

[“Intervención sobre un caso de cauterización vaginal”], *ibid.*, pp. 253. (15 de enero de 1857).

[“Intervención sobre los quistes de ovario”], *ibid.*, pp. 270. (31 de enero de 1857).

[“Discusión sobre la gangrena seca”], *ibid.*, pp. 275-276.

Publica:

“Abcesos del hígado” *ibid.*, Tomo I, pp. 49-55, 138-143, 158-161, 163-165, 179-182, 307-313, 328-332. Tomo II, 10-14, 22-26, 93-99 105-106.

“Rupturas del perineo. Tratamiento por

los causticos” *Ibid.*, pp. 55-57, (octubre de 1856).

Clínica Médica, Lecciones dadas en la Escuela de Medicina de México, por el catedrático del ramo Miguel F. Jiménez, (Imprenta de M. Murguía, Portal del Aguila de Oro), México, 1856.

“Hydro-torax, lecciones de clínica médica”, *La Unión Médica*, Tomo II, pp. 189-196, 1858.

“Retención del flujo menstrual”, *ibid.*, pp. 197-200.

1862. Con motivo de la ley que obliga a los funcionarios públicos al acatamiento de la Constitución de 1857, muchos prefirieron dejar el puesto antes de firmar en contra de sus convicciones. Entre estos últimos estuvo el Dr. Jiménez que renunció a su cátedra, si bien fue una medida transitoria pues lo vemos aparecer muy poco después en el mismo ejercicio de enseñanza.

1864. El 27 de febrero es designado por decreto del Ministro de Instrucción Pública de Francia miembro correspondiente de la *Commission scientifique du Mexique*.

El 22 de junio se lee una carta del Dr. Jiménez en la reunión mensual de la *Commission*, en París donde agradece su nombramiento, y envía varios trabajos, para la biblioteca de la *Commission*, sobre las fiebres en México.

El 19 de abril al inaugurarse los trabajos de la Comisión Científica, Literaria y Artística, quedó designado vicepresidente de la Sexta Sección titulada de *Ciencias Médicas*.

En la primera sesión de la Sección de Ciencias Médicas, es ratificado en su cargo de vicepresidente y se le encarga de la Comisión de Publicaciones, en función de la cual comienza los trámites para publicar la *Gaceta Médica de México*.

Se le nombra médico de cámara del Emperador.

Su nombre aparece en la lista de los “notables” del Imperio.

Publica:

“Prospecto”, *Gaceta Médica de México*, Tomo I, pp. 1-3, 1864.

"De la obliteración de las arterias", *ibid.* pp. 6-8 (17 de mayo de 1864).

"Epidemiología", *ibid.* pp. 200.

"Tabardillo", *ibid.* pp. 205-216. (diciembre de 1864).

"Epidemiología", *ibid.* pp. 216.

1865. El 10 de abril aparece en el *Diario del Imperio*, el decreto de constitución de la *Academia imperial de Ciencias y Literatura*, de la cual en su departamento médico es nombrado presidente el Dr. Miguel Jiménez.

El 6 de julio se inauguran solemnemente los trabajos de la *Academia Imperial*.

El 13 de diciembre se disuelve la sección médica de la comisión científica y se crea la *Sociedad Médica de México* que hereda todo lo de la sección disuelta y nombra presidente al Dr. Miguel Jiménez.

Publica:

"Observación de fiebre", *Gaceta Médica de México*, Tomo I, pp. 242-243, 1865. (15 de marzo de 1865).

"Expulsión de la vejiga de la orina", *ibid.* pp. 259-264, (22 de noviembre de 1864).

"Ruptura del perineo", *ibid.* pp. 265-266 (20 de noviembre de 1864).

"Observación de tabardillo", *ibid.* pp. 380-381. (2 de agosto de 1865).

Sobre la identidad de las fiebres. (Ed. en imprenta de Andrade y Escalante), México, 1865. 20 págs.

También publica en folleto separado de 14 páginas, el artículo aparecido en la página 6 de la *Gaceta* bajo el título de *Apéndice a las lecciones sobre abscesos de hígado, tratamiento*, editado en la misma imprenta de Andrade y Escalante.

El trabajo sobre hydrothorax, también es publicado en separata con el título: *Hydrothorax, lecciones dadas en la Escuela de Medicina de México por el catedrático del ramo Dr. Miguel F. Jiménez.* Imprenta de Andrade y Escalante, 1866, 40 págs.

1866. En la sesión académica del 3 de enero informa sobre la constitución médica del país, informe que repite en las sesiones de los días 7 de febrero, 11 de abril, 9 de mayo, 4 de julio, 1 de agosto, 12 de septiembre, 3 de octubre y 5 de diciembre.

A fines de noviembre viaja hasta Orizaba, en parte para atender la salud del emperador y también con el grupo que había de hacerle desistir de su proyectado viaje a Europa.

Publica: "Tratamiento de los abscesos de hígado", *Gaceta Médica de México*, Tomo II, pp. 6-11, 1866.

"Alcoholosis", *ibid.* pp. 97-108.

"Observación interesante del absceso de hígado", *ibid.* pp. 233-235.

"Hydro-thorax", *ibid.* pp. 257-264, 302-304, 331-336, 376-384.

"Clausura del año" *ibid.* pp. 385-387.

"Endemia del Golfo, Fiebre amarilla tomada en Veracruz y desuuelta en México", *ibid.* pp. 313-317. (Septiembre 28 de 1866).

El trabajo *Alcoholosis* lo publica ese mismo año en opúsculo independiente de 20 páginas en la imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante.

1867. En la sesión académica del 30 de enero informa sobre la constitución patológica de la ciudad.

Es designado por la Escuela de Medicina para formar parte de la representación que dicha escuela debía de tener en la *Academia de Ciencia Arte y Cultura* que se había creado al expedir el gobierno republicado la nueva Ley Orgánica de los estudios en el Distrito Federal.

Publica: "Abscesos de hígado", *Gaceta Médica de México* Tomo III, pp. 131-133, 1967. (15 de febrero de 1867).

1868. El 12 de mayo al reunirse para celebrar el primer aniversario de su fundación los miembros de la *Sociedad Familiar de Medicina*, invitaron al Dr. Jiménez el cual, desde ese día, formó parte del grupo encargándose de la sección de Clínica y Patología internas.

1869. Publica: "Dictamen de la Comisión" (sobre la utilidad y ventajas de la vacuna animal) en colaboración con el Dr. Rafael Montaña Ramírez. *Gaceta Médica de México*, Tomo IV, pp. 49-53, 1869.

"Cólico grave determinado por un cálculo de colesteraína" *ibid.* pp. 59-62, (febrero 12 de 1868).

"Tiflitis estercoral, curada con las inhalaciones de cloroformo y con el valerianato de amoníaco", *ibid.* pp. 395-408, (en colaboración con el Dr. Carmona y Valle).

1870. Es designado presidente de la Academia Nacional de Medicina. En diciembre pronuncia el discurso de clausura de labores que se publica el año siguiente.

Publica: "Hernias del pulmón", *Gaceta Médica de México*. Tomo V, pp. 209-213, 1870. (Julio 29 de 1870).

"En la muerte del Dr. Ignacio Erazo", *ibid.* pp. 244-245. Discurso pronunciado en la velada necrológica celebrada en honor del Dr. Erazo como representante de la Escuela de Medicina.

1871. Publica "Albuminuria", *Gaceta Médica de México*, Tomo VI, pp. 252-261, 270-280, 281-290, 1871.

Este mismo trabajo es publicado ese mismo año en forma de libro bajo el título: *Albuminuria, lecciones dadas en la Escuela de Medicina por el Dr. Miguel Jiménez, catedrático del ramo*. Imprensa de J. M. Lara, México, 1871.

"Discurso pronunciado en la sesión de clausura de los trabajos de la *Sociedad Médica de México*, correspondientes al año de 1870. *Gaceta Médica de México*, Tomo VI, pp. 33-34, 1871.

1872. Vuelve a ser elegido presidente de la Academia Nacional de Medicina. En la sesión de diciembre, lee un discurso cerrando el período de labores que se publica el año siguiente.

Publica: "Un incidente grave en la historia de los abscesos de hígado", *Gaceta Médica de México*, Tomo VII, pp. 317-320, 1872.

1873. Publica: "Discurso en la sesión fi-

nal del año 1872 al entregar la presidencia de la Academia Nacional de Medicina, *Gaceta Médica de México*, pp. 1 del Apéndice, 1873.

1874. Pronuncia en representación de la Sociedad Familiar de Medicina unas palabras en el acto necrológico en honor de Francisco Brassetti.

Publica: "Otro incidente en el tratamiento de los abscesos de hígado", *Gaceta Médica de México*, Tomo IX, pp. 301-306, 1874.

1875. Publica: "Intermitentes perniciosas", *Gaceta Médica de México*, Tomo X, pp. 121-127, 1875 (marzo 17 de 1875).

"Diagnóstico diferencial de los abscesos hepáticos" *ibid.* pp. 345-349, (julio 28 de 1875). Es la última comunicación presentada en la Academia de Medicina cuando con seguridad ya tenía manifestaciones de la enfermedad que le quitó la vida, de la cual era atendido por el Dr. Ignacio Alvarado.

1876. Publica: "Parálisis labioglosolaríngea", *Gaceta Médica de México*, Tomo XI, pp. 129-132, 1876. Según advierte este trabajo fue presentado a la Sociedad Familiar de Medicina el 10 de agosto de 1874.

Su nombre desaparece de las actas de la Academia probablemente porque el cáncer vesical lo tenía imposibilitado de asistir a las sesiones académicas.

Fallece el 2 de abril a las tres de la tarde.

El sepelio y los funerales tuvieron lugar el día 8 sepultándolo en el Panteón del vecino lugar Guadalupe, Hidalgo.

En la *Gaceta Médica* del 1 de mayo se publican casi íntegros los discursos luctuosos pronunciados en los funerales del día 8 antes de emprender el viaje hasta el panteón de Guadalupe, Hidalgo.